

LA CIUDAD GALDOSIANA

POR

FERNANDO CHUECA GOITIA

Hace unos treinta años paseaba una tarde por el Espolón de Burgos cuando se empezaban a encender las luces de los primeros faroles y los globos opalinos desprendían una luz verdosa por la reflexión de las hojas anchas y charoladas de los plátanos, que formaban un techo relativamente bajo y un poco húmedo, porque en las primeras horas de la tarde habían caído unas inesperadas e imprudentes gotas de lluvia. El suelo, sin embargo, apenas se había mojado y ya estaba otra vez tan seco y cuarteado como en los largos días de verano. Si éste no había llegado todavía, sí parecía mandar como heraldos suyos unos tórridos días de primavera, que resultaban un tanto extemporáneos y contradictorios tras el desde siempre respetable invierno burgalés. Las gentes, como lepidópteros atraídos por la luz, empezaban a acudir al paseo, y algunos, al salir al andén central pavimentado, lo hacían con la timidez de las primeras parejas que pisan una pista de baile vacía. Otros, grupos de muchachos y muchachas jóvenes, correteaban un poco bajo el umbroso salón y volvían a perderse entre los jardines vecinos riendo y saltando y mirando de soslayo a las parejas, que, siguiendo un viejo rito vespertino, empezaban a tomar posesión formal del paseo. En pocos minutos éste era un hormiguero humano pulsante y apretado, rumoroso y opaco. La compacta multitud producía una impresión agitada y calmada al mismo tiempo, como si la suma de toda aquella agitación individual se integrara y quedara paralizada. Las voces, que fueron estridentes en los primeros momentos, en que todavía era fácil distinguir una risa estentórea o un grito inarticulado, se habían también sumado hasta conjuntarse en un ronco e indistinto rumor al que, una vez acostumbrados, resultábamos sordos. Nos dejábamos llevar por la corriente como por un vago y lento oleaje, constituidos en materia casi interte e involuntaria. El paisaje circundante también había desaparecido, como cuando en el teatro, para un cambio de decoración, se encienden unos focos que deslumbran a los espectadores. Sólo las luces, haciendo más palpable la bóveda vegetal y el río humano lento y perezoso, recogían todos los términos de la mirada. Los lejanos árboles, algunas siluetas de tejados y hasta las calcáreas y blancas estatuas de los

reyes habían desaparecido. Todo producía como una adormecedora sensación, en la que era dulce y melancólico moverse; estar sumido en aquella procelosa multitud y a la vez tan ausente como un náufrago era una indefinible sensación que hasta cierto punto resultaba sedante y tranquilizadora.

Burgos, que había sido capital improvisada y que había funcionado como un *vivac* o campamento de guerra, adonde llegaban los correos del frente trayendo esperanzas o siniestras premoniciones capaces de excitar ilusorias intrigas o funestas depresiones colectivas, que había sido campo propicio para especuladores de prebendas y ambiciones, cuartel de pasiones desenfundadas, de egoísmos silenciosos o de vanidades agresivas, había vuelto a sumirse en el sopor de la vida provinciana. Nada había quedado de las magnificencias capitalinas, y la ciudad seguía igual por entonces. La guerra había pasado por ella sin tocarla ni mancharla y había dejado las mismas huellas que dejaron en Estella los cortesanos carlistas. Al fin y al cabo un *vivac* no es una capital. Recordaba el Burgos anterior a la guerra y todo me parecía lo mismo: la misma costra gris ceniza de sus fachadas de piedra de Hontoria, los mismos miradores decimonónicos de madera, anuncio de que ya llegamos a una latitud norteña; los mismos inmensos cuarteles de una guarnición importante, como corresponde a un distrito militar de primera clase, y que a ambos lados de la carretera de Francia dejaban ver las inacabables líneas de sus fachadas grises de poca altura y severidad marcial. El cuartel de Caballería, y el de Infantería enfrente, eran edificios de hacia 1790, cuando la arquitectura castrense conservaba todavía todo su reposado continente, no muy imaginativo pero sí académico y respetuoso, con los tratados de Viñola o de Vauban. Día llegará —para mí ha llegado ya— en que echaremos muy de menos los viejos cuarteles que daban horizontalidad a nuestras ciudades y sentido europeo a nuestras conciencias. Porque hay una Europa de guarniciones, paradas y manejo de las unidades que tiene bastante que ver con la armonía y los acordes musicales del dieciocho.

La guerra tampoco había secado con su soplo incendiario las hermosas y frondosas avenidas que a los lados del Arlanzón daban una idea principesca de una ciudad ya del todo mesocrática. Los verticales chopos, los gigantescos álamos, se extendían a un lado y otro de la ciudad, prolongándose como un camino real. En realidad esto hace pensar que la guerra destruye mucho menos de lo que parece, y lo que destruye más es la paz y esas infaustas posguerras en las que los hombres, dotados de una actividad vesánica fomentada por arengas soflamas y falsas emociones patrióticas, se encuentran de golpe

inactivos por la prescripción facultativa de un alto el fuego, un tratado de paz o, lo que es peor, por una rendición incondicional.

Había pasado las primeras horas de la tarde en el Castañar con un viejo amigo, recordando el asesinato de don Eduardo Dato y la berlina o «limousine» negra donde se perpetró el magnicidio y que tantas veces habíamos contemplado en el Museo del Ejército. En su frágil chapa los disparos penetraron con facilidad tan asombrosa como en el cuerpo del indefenso estadista. El lacayo, también levemente herido, saltó al interior de la «limousine» y gritó insistentemente «¡Don Eduardo...! ¡Don Eduardo...!» Fue todo cosa de un instante en una casi desierta plaza de la Independencia, a las ocho y cuarto de la tarde del 8 de marzo de 1921. Se puede decir que es el primer magnicidio motorizado de la historia, más completo que el de John Kennedy, pues si el presidente americano iba en automóvil, los disparos no salieron también de otro vehículo. Pero el año 1921 el automóvil Marmon del presidente del Consejo fue abordado y tiroteado desde la motocicleta, marca Indian, de Casanellas, Matheu y Nicoláu. El mundo del motor hacía sus primeros estragos. Aquel abogado atildado y de salón que había buscado de buena fe los cauces de una política laboral progresiva en medio de tantas dificultades, no las menores las que le imponía la militancia conservadora de su propio campo murió por un ciego ramalazo anarquista que sus mismos autores consideraron luego equivocado. El político de guante blanco que había hecho frente a la huelga del 17 se acababa cuatro años después en aquella berlina con trazas de ataúd, que, sin duda alguna, lo fue también del partido conservador, y con ello llegaba, tras dolorosa agónía, la disolución de los partidos históricos. Siempre he sentido un escalofrío medular cuando en historiadores, políticos o memorialistas he leído aquello de la disolución de los partidos históricos, porque, sin querer, pienso que en la honda sima entonces abierta seguimos todavía bajando y bajando, como en esos acongojantes sueños en que nos vemos precipitados a un abismo sin fondo como consecuencia de una mala digestión.

—¿Cómo se llamaba Dato de segundo apellido?—, me preguntó mi amigo.

—Iradier.

—¿Y don Francisco Silvela?

—Levelleuse.

—¿Y el conde de Romanones?

—Don Alvaro de Figueroa y Torres.

Entonces me tocó a mí.

- ¿Quién se apellidaba también Torres?
 —Don Niceto Alcalá Zamora y Torres.
 —¿Y el segundo presidente?
 —Don Manuel Azaña y Díaz.
 —¿Te acuerdas del de Santiago Alba?
 —Bonifaz.
 —Ahora otro más difícil: Alvaro de Albornoz.
 —Liminiana.

Mi amigo no estaba fallo a nada. Era un juego que nos divertía bastante y del que raras veces nos cansábamos. El derecho a la diversión es tan sagrado como otro cualquiera y cada uno lo ejerce a su manera. Cuántas veces nos gustaba en tertulias de amigos presumir de nuestra modesta e inocente erudición. Por ejemplo, suscitar cosas como ésta: ¿Quién suprimió el juego en España? Casi todo el mundo cree que don Miguel Primo de Rivera (y Orbaneja), y, sin embargo —aquí rectificábamos triunfantes—, fue don Martín Rosales, duque de Almodóvar del Valle, ministro de la Gobernación en el último gabinete de la monarquía parlamentaria, presidido por García Prieto.

De evocación en evocación de la política pasamos a las letras y, cómo no, recaímos en don Benito Pérez Galdós. Algún trabajo nos costó completar sus apellidos: Pérez Galdós Macías y Medina. Buena colección de patronímicos, españoles de pura cepa, para un personaje que había de ser epitome de las grandezas y miserias de la patria. Al entrar en el terreno galdosiano, nuestro juego derivó por cauces más serios y exigentes. Tanto él como yo habíamos entrado en la vida cuando sobre la figura, tan venerable como discutida, del novelista caían los hachazos demoleedores de la crítica del 98 que desgajaban del fornido tronco inmensas astillas. Como aizcolari vasco, el más cruel leñador fue don Miguel de Unamuno: «Las obras galdosianas carecen de elemento cívico; recogió en ellas mucha tristeza y poca realidad... En Galdós no hay problemas obreros, nada de cuestión social, nada del problema agrario; sólo habla de la cuestión religiosa y de la maldita clase media, que ni es clase ni es media... Hay quien ha querido comparar a Galdós con Tolstoi. La comparación está bien, con la única diferencia de que el primero estaba con Sagasta, y el segundo, con Dios. Laborioso sí fue, y éste es el mejor ejemplo que deja para la juventud. Trabajó mucho, como un jornalero; pero no por ideas, sino por cuestiones económicas. La lectura de las obras de Galdós es monótona, como el espectáculo de un río tranquilo que sólo refleja en su corriente la silueta de los árboles de la orilla. No encierran nada, no se rebeló nunca.» Estas afirmaciones

unamunianas no eran sino el responso fúnebre y un tanto airado con el que un relativamente joven profesor, puritano y ególatra, quería cauterizar, sobre un cadáver todavía caliente, los males de la patria, haciendo de sus despojos símbolo de ellos. Se pronunciaron en el Ateneo de Salamanca en marzo de 1920.

Es evidente que Galdós no se ocupó demasiado, aunque sí algo al final de su vida, de problemas obreristas ni de la cuestión social, como dice Unamuno con expresión verbenera, pero tuvo la clara premonición de lo que iba a suceder. La huelga del 17, con la que tuvo que enfrentarse Eduardo Dato en difícilísimas condiciones y prisionero de su propia clientela, le sorprendió a Galdós completamente ciego. Lo estaba desde 1913. Este reproche de Unamuno me parece tan injusto como el que podría hacerse a Víctor Hugo por no haberse ocupado del pensamiento de Carlos Marx.

—Además —me dijo mi amigo aquella larga velada—, yo tengo la impresión, no sé si me equivoco, que Galdós casi siempre se refiere en sus obras a un tiempo pasado, casi inmediato, pero pasado. De aquí la veta de historiador de nuestro gran novelista. La misma gran novela contemporánea, *Fortunata y Jacinta*, aunque escrita entre mil ochocientos ochenta y seis y mil ochocientos ochenta y siete, se desarrolla en un Madrid oscilante entre los años mil ochocientos cuarenta y mil ochocientos setenta y cinco, que es ya pasado en los momentos en que Galdós escribe. Galdós, más que cronista de su tiempo, es de su antetempo, del ayer inmediato, y desde luego no parece casi nunca inclinado a futurizar, ni menos a despreciar y condenar el pasado con criterio demoledor justificado en los optimismos futuros.

—Desde luego, yo creo que detrás del Galdós progresista, liberal y tragacuras (según el torpe clisé reaccionario), existe un Galdós inquieto y alerta que tiembla ante el futuro y que presiente cómo la guadaña del tiempo va a cortar muchas ramas del árbol de la patria. Algunas de estas ramas estaban podridas, y bien podridas, pero no serían éstas las que menos amaba Galdós, y lucharía agónicamente entre el deseo del cambio y las alarmas de lo que podría venir. Yo creo que por eso Galdós es un historiador tanto como un novelista, y más que nada un recopilador ansioso que quiere apuntar, recoger, archivar y clasificar una España que a él mismo se le iba de las manos. Su obra, que podría llevar la divisa *Ne pereant*, parece ser un «detente, tiempo».

—¿No crees tú que esta agonía ha sido uno de los dramas de las izquierdas españolas, que se han sentido responsables siempre de algo profundamente contradictorio; una noble insatisfacción por lo que es y otra muy aguda por lo que va a venir a ser y va a dejar de ser? En ese aspecto Galdós es puro representante de esta mentalidad.

—Yo tengo mala memoria, pero aún recuerdo que en la obra de Galdós existen muchos tipos caricaturescos que encarnan la figura enfática y vacía del papanatas que se admira de los adelantos del siglo, que se envanece con ellos, como si la circunstancia de haber nacido sincrónicamente le diera derecho a atribuirse una parte de tantas conquistas y novedades. Un tal Mariano José de Rementería, que viaja por Londres y que por el solo hecho de descender a contar sus experiencias a sus atrasados compatriotas se considera a cien codos de los que no han visto el Crystal Palace y todos los peregrinos adelantos de la Exposición Universal londinense de mil ochocientos cincuenta y dos. Y también recuerdo a otro caballero muy apersonado de Toledo que aparece en *Angel Guerra* y que cree asombrar a sus vecinos con la brillante idea de abrir una Gran Vía que una la plaza de Zocodover con la catedral. De estos tipos fatuos, insoportables e ignorantes, voceros empalagosos del progreso, hay muchos en la obra de don Benito a los que a manera de exorcismo ahuyenta de su mente con invocaciones tan castizas como ésta: ¡Jesús y Santa Librada bendita, patrona de Sigüenza, me valgán! Pero fíjate bien que todos estos papanatas a que aludo son para Galdós siempre monolíticos reaccionarios y la flor y nata de la *polaquería*, como entonces se decía.

—Sí—terminó don José Vela—, el progreso es una necesidad, pero qué le vamos a hacer, es una cosa de mal gusto.

Esa frase me había quedado impresa mientras seguía arriba y abajo por el Espolón, un poco aturdido y sin saber qué hacer, pero sin poderme privar de la atracción del incesante vaivén humano. Tuve ocasión de saludar a algunas personas conocidas que no podían, desde luego, ser muchas por mis escasas y esporádicas relaciones en aquella ciudad y a las que procuraba ahuyentar con la propia efusividad de un saludo que se cerraba en sí mismo, sin aperturas hacia una detención, parada o breve intercambio. En el fondo deseaba hallarme solo, y la misma multitud defendía perfectamente mi soledad. Saludé a don Luis Monteverde Jiménez, varón erudito y ejemplar, más cargado de espaldas que de años, aunque éstos quedaban en una incertidumbre problemática y ante la duda resultaban amplificadas y desde luego repletos de soledad y lejanía. Como les ocurre a muchos eruditos, sus ojos negros centelleaban bajo unas cejas foscas, grisáceas y cerdosas que daban a su expresión una especie de furor vindicativo difícilmente represado, índice de una irritación constante contra la sociedad, que se fragua en la inmovilidad de una vida sedentaria y libresca. Hombres gruñones, atrabiliarios y difíciles, pero que despiden su hiel rápidamente en una serie de apóstrofes como eyaculación sú-

bita para quedar rápidamente desarmados como avispa sin aguijón. Entonces aparece su verdadero ser ingenuo y benévolo, escondido por un caparazón más ficticio que real. Pero yo no tenía en aquel momento ni la mínima fuerza para romper aquel débil caparazón y preferí, como digo, ahuyentarlo con mi prolijo y expresivo saludo en tres tiempos, como una verónica antigua, dándole la oportuna salida; preferí verle marchar con sus pasos a la vez firmes y dubitativos de quien tantea las losas de la calle con el mismo recelo que los documentos de un archivo. Me figuro que llenos los bolsillos de su deformada chaqueta de apuntes y legajos, iría ya camino de su casa, cuyas quejumbrosas escaleras había subido más de una vez. Don Luis vivía en la mal llamada calle del Huerto del Rey, uno de los lugares más deliciosamente románticos de la antigua ciudad y que más que calle es como una plaza muy alargada, cuyo fondo o extremo parece preparado para divisar la Capilla del Condestable en toda su estremecedora presencia funeral. Vivía don Luis con dos hijas bellísimas, pues, en su caso, no constituía excepción esa ley general que otorga a los eruditos y a ciertos militares una descendencia femenina excepcionalmente vistosa y bien abastecida de encantos físicos. Eran también las niñas —como suele en estos casos suceder— más provocativas de lo que por su conducta usual se proponían, y de lo que a su vida sencilla y un tanto oscura pero alegre correspondía. En el polvoriento despacho de su padre entraban a cada instante pretextando cualquier futilidad o inútil pregunta, de la que se excusaban con fuertes risas y miradas furtivas a las visitas. El número se repetía innumerables veces, produciendo en su progenitor una inconcebible pero siempre grata sorpresa, que terminaba indefectiblemente con las palabras de rigor: «Bueno, niñas, dejadnos, dejadnos trabajar.» En invierno resultaba sumamente agradable cuando una de aquellas jovencitas levantaba las faldas de la mesa camilla, y con ágiles, cadenciosos e insistentes movimientos, atizaba el brasero con las «firmas» de rigor.

En el paseo del Espolón empezaban a aclararse los grupos y en medio de la invasora juventud podían distinguirse otros personajes de edad y condición más diversa: matrimonios de aspecto cansado, todavía aturcidos por el ramalazo de la guerra, algunos militares de cuerpos subalternos y de oficinas y algunas graves mujeres que llevaban sus negros vestidos como una condecoración colectiva de sufrimientos por la patria. Yo estaba dispuesto a quedarme allí hasta la disolución completa del provinciano paseo, hasta contemplar cómo los cabezas de familia se despedían de sus contertulios de café y abandonaban la mesa del casino como se abandona una localidad preferente cuando el espectáculo ha terminado.

Yo no había estado en Burgos durante la guerra, pero desde luego cualquiera que hubiera estado en aquellas agitadas jornadas no lo reconocería. En aquel Burgos eventual que constituía la retaguardia de uno de los campos de lucha, se había sobrepuesto a la población indígena otra cosmopolita que se movía en total y despectiva indiferencia, como antes las élites dirigentes en las ciudades coloniales o como viven su doble vida los centros estivales durante la «saison». El Burgos provinciano no se distinguía nada del anterior a la guerra. El general Franco, como si ya presintiera la orfandad en que iba a dejar a su capital de los años difíciles, les había dicho a los burgaleses al marcharse: «De momento sufriréis las consecuencias de la resaca producida por la marcha de los organismos oficiales que aquí se instalaron durante la guerra y en los primeros momentos de la paz, pero tenéis que prepararos para que Burgos prospere todo lo posible y tenga no sólo vida provincial, sino la vida industrial próspera.» Estas palabras, que, parecen las de un padre que terminada la educación del hijo, le dice «ahora búscate tu vida», se recogían en el *Diario de Burgos* del 18 de octubre de 1939. A raíz de la despedida, el desarrollo industrial de los polos y polígonos quedaba todavía en un horizonte muy lejano y no existía más realidad que la vida provincial en su más escueta fisonomía.

Cuando uno piensa cómo se produjo la transformación —que casi no se produjo— de nuestras ciudades a lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX; cuando uno piensa en aquel *tempo lento* que no provocó rupturas ni casi escoriaciones en el tejido de las mismas, no puede uno por menos de considerar el duro precio que hemos pagado para conseguir un desarrollo económico y una elevación del nivel de vida de los que nos sentimos muy ufanos. La tónica de las aspiraciones de estos años la dan muy bien las proféticas palabras del Caudillo a las que acabamos de hacer mención. El Jefe del Estado veía en Burgos una ciudad provincial y anhelaba una ciudad industrial, industrial y próspera. En esa formulación, un tanto elemental, está enunciada toda una política que se ha puesto y se sigue poniendo en ejecución por encima de todo sin caer en *sensiblerías* que pudieran frenar la tan decantada eficacia.

Desde la guerra de la Independencia hasta la contienda civil del año 36, Burgos había evolucionado mucho, pero con ese *tempo lento* y esa gradual suavidad que hizo que las cosas cambiaran más en el fondo que en la forma. Desde aquel Burgos de 1831, en el que tanta importancia tenían postas y posadas por ser cruce de caminos y etapa en las largas jornadas entre la meseta y la frontera, en el que había no menos de 33 mesones y un diligente artesanado de guarnicione-

ros y enjalmeros, que proporcionaban repuesto de cueros y tiros para las diligencias o las recuas de arrieros, hasta aquel otro Burgos del ferrocarril, que en su día eliminó buena parte del sistema de postas y diligencias, confinando los escasos enjalmeros en el barrio de San Esteban, y el que en 1887 pide ser elevado a Capitanía General «porque es Burgos la brecha de Castilla que defiende la entrada de tropas enemigas», los cambios son livianos y la ciudad avanza con una inalterable mismidad en una línea de tranquilo progreso.

Esa era la ciudad que yo pisaba hace treinta años y que me parecía una ciudad íntegramente galdosiana: ¿Qué quiere decir en verdad esto de ciudad galdosiana? Desde luego quiere decir algo, porque todos lo repetimos y, en general, todos nos ponemos bastante de acuerdo cuando utilizamos lo de galdosiano como adjetivo calificativo. No cabe duda que Galdós llegó a significar algo así como la encarnación de la España de su tiempo, a representar, frase de Benavente, el Alma Nacional, por mucho que sus detractores y no pocos de sus admiradores —como don Antonio Maura— se negaran a llegar a este extremo. Ninguno pintó mejor una sociedad, un país, una raza en un período, es cierto, de extrema postración, de enfermizo decaimiento, con rasgos muchas veces de caduca senilidad y otras de inconsciente infantilismo. Una España llena de fantasías pueriles, de hervores espasmódicos y febriles, de bajezas y caídas inconfesables, que con todas sus lacras y por sus mismas lacras es profundamente amada por el novelista. No hubiera sido igualmente paradigmática su figura si no nos hubiera puesto ante la realidad con toda su crudeza y hubiera querido mitigarla o edulcorarla con sahumeros, unguentos y perfumes retóricos de viejas glorias. La grandeza de Galdós reside en la aceptación de la enfermedad, en bajar a la cabecera del enfermo y unirse a él en la desgracia sin engaño y sin falsa adulación. En eso reside el amor y la consideración por el ser amado, al que con el engaño en el fondo se le desprecia. Por eso hoy podemos hablar con justicia de una España galdosiana, una sociedad galdosiana, una ciudad o hasta una familia galdosiana.

Ahora nos interesa eso de la tan traída y llevada ciudad galdosiana, que siempre nos ha parecido un tema bien sugerente. Es cierto, en primer lugar, que detrás de la obra de Galdós existe casi siempre como fondo o escenario una ciudad. Como novelista, podemos así, *grosso modo*, decir que es un novelista urbano, frente a lo que pudiéramos llamar un novelista del medio rural, un novelista del paisaje regional o un novelista sin paisaje. El paisaje urbano entra en la novela tarde, mientras que el regional tiene tan ilustre precedente como Cervantes y su inmortal caballero manchego. Casi nulas son las refe-

rencias a ciudades en la obra de Cervantes que pasen de una denominación, una localización de determinado suceso o un panegírico como aquel de Toledo, «peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades». En las *Novelas ejemplares* o en los entremeses no faltan estas acotaciones de lugar en Toledo, Sevilla, Córdoba, etc., pero el ambiente local no trasmina en la obra literaria como un personaje más, ni siquiera como un fondo de paisaje en el retrato de un personaje. En Galdós en cambio el paisaje urbano es esencial, y con ello se acredita como legítimo hijo de su siglo. Un Balzac, un Dickens, un Tolstoi, un Zola, son eminentes novelistas urbanos como él, y Baroja lo será también en grado superlativo y por mucho que reniegue de quien por lo menos es su antecedente en esta materia.

¿Cuáles son, pues, las ciudades que le interesan a Galdós? Yo diría que todas, todas las españolas, por supuesto, ya que al contrario de Baroja, que nos dejó páginas excelentes sobre Londres, Roma o Amsterdam, nunca salió a describir tierras ajenas. (Paso por alto, por considerarlas episódicas, las descripciones de Londres y París en *La de los tristes Destinos*, y algunas de otras ciudades europeas que ahora no recuerdo y que fueron consecuencia de sus viajes en 1883 y 1888.) Claro que, como todo el mundo sabe, tuvo Galdós una predilección casi obsesiva por Madrid y aunque Toledo también le atrajo como escenario vivo de sus creaciones, Madrid le arrastra de tal manera que en él se hunden las raíces vitales de su quehacer literario. Antes de iniciar su gloriosa carrera presente que el germen de su obra está en la novela de costumbres que puede saltar del simple cuadro pintoresco en el que habían quedado don Ramón de la Cruz y don Ramón Mesonero Romanos—los dos madrileñísimos Ramones que parecían esperar al tercero, que no faltó a la cita, para que se completara una espléndida trilogía—a los grandes trazos de una epopeya nacional. Ese germen está en Madrid, que estudia con la precisión de un naturalista que allí encuentra el *hábitat* y la fauna específica que catalogar. Por eso no puede desprenderse en toda su vida de la atracción de Madrid, que será para él a la vez realidad y quimera, materia prima que escudriñar y universo imaginario de su fantasía como Guermantes para Proust o la imaginaria ciudad de Jefferson para Faulkner. El Madrid de Galdós existía y hubiera existido de todas formas con y sin Galdós, pero la diferencia es que sin Galdós no hubiera sido lo que ahora consideramos que fue: el Madrid galdosiano. Madrid a hecho a Galdós, pero, ojo, también Galdós ha hecho el *Madrid galdosiano* al que ahora damos como un plus de personalidad específica. Galdós presente que un cierto tipo de novela no estaba hecha: la novela de la clase media.

La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta para encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas...; esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades...

Esto escribía el novelista que casi todavía no lo era, en 1870, en un artículo titulado *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*. Queda para otros, para su gran amigo Pereda, la novela de costumbres campesinas, él tiene que ir hacia la expresión de una clase social que muy poco o nada tiene que ver con la paz virgiliana de los campos ni con el mundo ancestral, cazarro y sentencioso de los rústicos, que se mueven con la contumacia invariable de los ciclos estacionales en lugar de agitarse con el imprevisible vaivén de las luchas y ambiciones políticas, las presiones económicas o las reivindicaciones sociales. Y luego lo dice bien claro:

No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la obra, vasta y compleja, que ha de venir como expresión artística de aquella vida..., pero es inevitable su aparición, y hoy tenemos síntomas y datos infalibles para presumir que sea en un plazo no muy lejano.

Claro que tenía datos, pues éstos no eran otra cosa que la irremediable ansiedad que bullía en su espíritu.

A Galdós le bullía esa clase media que, según Unamuno, ni es clase ni es media (frase fácil, perentoria e iracunda), y que para él lo era todo o casi todo por el hecho de ser por antonomasia la sociedad del presente. Como quiera que sea, la clase media es, desde su primera y lejana aparición en el sofocante y estamentario mundo medieval, cuando las franquicias, ásperamente conquistadas, de los comerciantes y artesanos empiezan a constituirse en sólidas agrupaciones y gremios, una clase urbana que de los burgos, relativamente libres, toma su nombre de burguesía. Clase media y clase urbana vienen a ser conceptos sinónimos y en el siglo XIX es cuando esta concordancia alcanza su más completa expresión. Siglo liberal, siglo burgués, es el siglo urbano por excelencia y la ciudad burguesa y liberal será por excelencia también la ciudad galdosiana, la arena conflictiva donde tendrán lugar los movimientos políticos, donde se encontrarán los problemas religiosos, donde se amasarán y destruirán las fortunas, donde se elevarán o se degradarán las familias, donde lucharán unas veces y se confundirán otras la virtud y el vicio sin que muchas veces se sepa si los monopolizadores de la virtud son los hipócritas que fo-

mentan el vicio o si los viciosos impenitentes son en el fondo los que, enfrentados con la sociedad, acaban por purificarla. En este amasijo de luchas contradictorias y de enervantes reacciones que constantemente produce la ciudad, se sumerge Galdós, que se considera más intérprete que moralista de esta perturbación honda, de esta lucha incesante de principios que tiene por escenario la ciudad y, sobre todo, la ciudad de su tiempo. Esta ciudad decimonónica en plena combustión es como un gigantesco laboratorio donde las más variadas reacciones de la química social se producen en un momento de agitada fermentación que luego cederá hacia situaciones más estables, sin duda más justas, pero también mucho menos diversas y fantásticas. La ciudad, creación máxima de la burguesía, será luego la cuna del proletariado y esta transformación inevitable, a parte de otras muchas, convertirá la ciudad galdosiana en algo tan distinto, regimentado y monótono como es la ciudad de hoy. Ya hemos dicho de pasada que Galdós no entró muy de lleno en la cuestión social porque ése no era su mundo, aunque no fue tan sordo como le creía Unamuno, al rumor de su tiempo y vio claramente las cosas que se acercaban. «El gran problema social que, según todos los síntomas, va a ser la gran batalla del siglo próximo, se anuncia en las postrimerías del actual, con chispazos, a cuya claridad se alcanza a ver la gravedad que entraña.» (*La cuestión social*, 17 de febrero de 1883.) Quizá esta certidumbre le llevó a alistarse en el partido de Pablo Iglesias por considerar que éste y su jefe son lo único serio, disciplinado y admirable que hay en la España política. Esto es una convicción a la que le lleva tardíamente su patriotismo, cuando, desengañado de muchas cosas, prefiere en lugar de hundirse en un escepticismo paralizador, buscar nuevas vías de salida, nuevas posibilidades de regeneración. Pero esto corresponde más a la fe moral del ciudadano que a su contextura de artista. Los movimientos de los trabajadores con conciencia de clase sólo eran entonces chispazos a cuya claridad se alcanza a ver la tormenta lejana, eran los primeros relámpagos en un horizonte lleno de presagios que rasgan el cielo tenebroso.

Todavía para Galdós el proletario presentido no había pasado de ser el *desheredado* y ése sí que era el personaje vivo de su ciudad que se encontraba por todas partes. El *desheredado* vino a ser el protagonista de muchas de sus novelas cuando quiso pasar del simple cuadro de costumbres realista hacia la novela naturalista y experimental con pintura de bajos fondos, lacras sociales, inadaptados y parias, delincuencia infantil, delincuencia lombrosiana, truhanería y prostitución.

Todavía hemos conocido residuos de un Madrid galdosiano que el tiempo se ha llevado vertiginosamente y que daban a la ciudad un

aspecto no muy civilizado que se diga, pero sí áspero, fuerte, contrastado y lleno de color. Mendigos harapientos a la puerta de las iglesias arrebuados en sus ropas pardas y remendadas de las que sacaban un brazo famélico y lleno de tendones, un brazo implorante como el de algunos dibujos de Goya o como el del viejo desnudo de medio cuerpo, de la cúpula de San Antonio de la Florida; ociosos por las esquinas de las calles que desafían el paso del tiempo impávidos y derechos, sin hablar apenas, poseídos de la estabilidad de su gesto; vendedores ambulantes que ofrecían mercancías tan útiles y necesarias como gomas para los paraguas o el calendario zaragozano; gitanos, ropavejeros, caldereros y afiladores, todos con sus pregones insistentes y melancólicos que nos conducían derechos hacia las profundidades de la Edad Media y que ya cuando los oíamos nos parecían un imposible anacronismo. La calle era muchas veces el asilo de la población doliente, que hacía de ella habitación duradera mientras las gentes acomodadas circulaban sobre ruedas y otras marchaban más decididamente a sus quehaceres o paseaban con prosopopeya de señores venidos a menos. Ya han desaparecido, cosa que parece increíble, hasta los vendedores de periódicos que corrían como desaforados gritando su mercancía, excitando la curiosidad con alguna truculencia de la crónica de sucesos y agitando las hojas impresas con el mismo ademán del que arrojara noticias al aire, igual que simientes al vuelo.

Una calle, una plaza, un paseo no podía recorrerse sin recibir una constante lluvia de ofrecimientos e insinuaciones que nos llegaba por medio de voces, gritos o susurros. Todos voceaban su mercancía, el vendedor de lotería, la florista, el limpiabotas («limpia, ¡eh!, limpia»), las que se empeñaban en decirnos la buenaventura o en que socorriéramos a sus churumbeles, las que se hallaban decididas a conducirnos a paraísos nunca bien ponderados y a los goces más libidinosos por un estipendio muy razonable, índice de su buena inclinación y generosidad; los que también, dando prueba de su desinterés, nos ofrecían, medio en secreto, una pluma Parker por la cuarta parte de su valor. La calle era un constante asedio verbal, al que se añadía a veces el suplemento de un gesto expresivo, que podía llegar al suave y respetuoso contacto. De este asedio no era siempre fácil salir sin alguna respuesta intemperante cuando los nervios empezaban a saltar o cuando, sentados en alguna terraza con unos amigos, veíamos nuestra conversación constantemente interrumpida.

Al asedio verbal ha sustituido el asedio visual, no sabemos si más discreto porque no nos exige ninguna clase de diálogo ni respuesta por sumaria que sea, pero también enervante en su tozuda excitación erótica, que ya va pasando de la raya. No hace falta el pretexto de vender

unas medias o unos sostenes para que una cumplida moza de líneas fuseladas nos ponga en el deseo de beber una coca-cola o de cambiar los neumáticos del Seat. Antes, en este aspecto, pasábamos con plena indiferencia ante aquel caballero medio embalsamado que anunciaba los emplastos del doctor Winter o ante la gitana que anunciaba el anís del Mono. Mucho ha cambiado la ciudad desde los tiempos de Galdós y desde los más cercanos que nosotros alcanzamos a recordar. Hemos visto la desaparición de los desheredados; hemos contemplado la fusión en una masa gris e indiferenciada del menestral de otros tiempos, de los hombres del oficio, del carpintero de grandes bigotes a lo Briand, del albañil de blusa blanca de los tiempos de López Silva y Arniches; hemos sido testigos de la transformación de estos hombres en miembros de un proletariado militante, y luego, en algo todavía no muy bien definido, pero que, en último término, marca una tendencia ascensional que desdibuja los contornos sociales de otros tiempos: Hoy en día, en las grandes metrópolis como Madrid, lo que predomina es una nueva masa humana cada vez más indiferenciada y más neutra, más gris, más opaca y más regimentada. La vivienda se va uniformando y convirtiendo en inmensas colmenas que encasillan a las familias como objetos de anaquelaría, y eso no ha hecho más que empezar; la televisión y el deporte de masas troquelan rígidamente la mentalidad de las gentes y canalizan sus gustos y apetencias; los grandes almacenes dirigen la moda y destruyen toda independencia en el atuendo y sobre todo cualquier residuo de indumentaria tradicional o significativa de una clase o condición. Hasta esos signos de protesta como la moda juvenil y estrafalaria lanzada por los *hyppies* se convierten inmediatamente en modelos de serie, multiplicados por los grandes almacenes en su afán de excitar el consumo por el procedimiento que sea; la lustrada cafetería, llena de níqueles, de aparatos trituradores y de luz de neón sustituye con sus brillos engañosos a la antigua taberna con zócalos de azulejos, banquetas de pino ennegrecido, retratos de toreros y mostradores de cinc espeso de la casa Dumas, que permitían la charla morosa y sentenciosa que tenía su retórica sincopada, a la que acompañaba un ademán casi tribunicio. Hoy la cafetería, lo mismo que destruye todos los alimentos naturales e impone el batido, especie de papilla infantil, de un sabor indeciso y siruposo, destruye también la conversación, que queda sumergida y triturada por el ruido estridente y carrasposo de los altavoces. La estética de la cafetería es la misma estética del automóvil, y el hombre se acostumbra a vivir en este ambiente despersonalizado del producto industrial, y en cualquier caso el automóvil le aísla también de todo y le disgrega y mientras le ofrece libertad de movimientos, le va encerrando cada vez más en la cápsula

estampada como a un astronauta rastrero, pero aparentemente feliz al sentirse dueño de sus *leviers de commande*. Sale enfebrecido de la ciudad, sale caballero en su cápsula, dominador e iracundo, pues no comprende que otro pueda alterar su ruta o contravenir su omnímodo poder sobre la máquina, y después de unos fatigosos kilómetros entre paradas, semáforos, aglomeraciones, ingentes camiones como montañas que cierran su horizonte, acaba por justificar su salida deteniéndose en una horrenda cafetería de carretera, junto a una estación de servicio con mucha grasa por el suelo, mucho polvo, bidones rotos, y a lo mejor, eso sí, un botijo sobre un cajón de embalar. En la cafetería, un televisor sobre palomillas como el ojo de un cíclope y mucho ruido de altavoces y de platos que se lavan unos contra otros, como si se barajaran unos naipes. Los niños, cansados, sucios, lloriqueando y chupando botellas de coca-cola o de *Sevenop*, adquieren desde los más tiernos años una delicada educación estética, y a través de los grandes y estúpidos ventanales de la atractiva cafetería pueden contemplar la carretera negra del plan Redia, por donde pasan unos pavorosos camiones, que no se sabe por qué lanzan de cuando en cuando un estentóreo gemido como el soplo de un gigantesco pulmón fatigado, y detrás de esa cortina de vehículos y de humo de gas-oil, un horizonte pelado y marchito, con algunos cardos quemados en las cunetas y unos palos de telégrafo por todo ramaje.

Todavía aquel Burgos de hace treinta años tenía mucho de lo que yo entiendo por ciudad galdosiana; no circulaban apenas automóviles; la gente hacía del paseo un rito provinciano; la clase media (que para Unamuno no es clase ni es media, pero que para Galdós lo era todo) dominaba con su casi exclusiva presencia. Aún había rasgos y caracteres: canónigos que eran canónigos, monjas y frailes, militares, clases y oficiales, casino, señoritas casaderas estrechamente vigiladas, señoritos de vida disoluta que habían quemado una o varias fortunas en Madrid alternando en los «Burgaleses» y algunos hombres extraños de esos que nuestras tías miraban de soslayo mientras se decían por lo bajo: «Fulano ha llevado siempre una vida irregular.» ¡Qué carga de misterio, de contumacia, de impavidez ante las normas sociales encerraba esa definición: vida irregular! Hace muchos años que no oímos esta terrible sentencia y que nadie susurra a nuestros oídos este anatema, dedicado a una persona conocida. Bien es verdad que los señoritos dilapidadores y los amantes de la irregularidad eran ya en el Burgos de la inmediata posguerra una reliquia del pasado que la guerra había dejado sin sucesión.

Burgos era todavía la ciudad pequeña, dato dimensional, al que yo otorgo mucha importancia cuando trato de caracterizar lo que es

la ciudad galdosiana, y no me refiero a pequeña en cuanto a desplazamiento demográfico, ya que el Madrid de Galdós —pongamos el Madrid de 1900— es ya una ciudad de bastante porte en cuanto a extensión y número de habitantes. Es un Madrid mayor, por ejemplo, que el de Carlos III, y, sin embargo, infinitamente menor en arrostos, ambiciones nacionales y empaque monumental. A Galdós le tocó vivir una de las etapas más pequeñas y más encogidas de la vida nacional. Siempre tuvo la conciencia de esta poquedad y estrechez, y en algún lugar se refiere a nuestra edad miserable y femenil, en la que es considerado como ridícula antigualla el patriotismo. (Carta a don Alfredo Vicenti, que publica Carmen Bravo-Villasante en *Galdós, visto por sí mismo*). Todo es entonces un poco pequeño, roído y miserable. En las revistas gráficas de la época, cuando se hace la crónica de los estrenos, nos conmueve ver esos escenarios minúsculos que ya están llenos con tres o cuatro personas: una opulenta dama, un respetable señor y un aguerrido militar con traje muy ceñido y un inmenso charrasco que se arrastra por el suelo. Todos parecen cohibidos ante la fatal e inminente contrariedad de hacer temblar las bambalinas de papel pintado en un momento de énfasis dramático, haciendo vacilar una ilusión difícilmente mantenida. ¿Y qué decir de la irrupción en estos escenarios, que parecen juguete de niños, de unas orondas vicetiples con escandalosas faldas hasta las rodillas para lucimiento de muy torneadas pantorrillas y que, envueltas en la bandera de España, cantan un aire patriótico de *Las corsarias*? Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, dijo Don Quijote a los cabreros, refiriéndose a la dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y yo diría, si tuviera que definir la edad de nuestro gran Galdós, que en ella eran todas las cosas pequeñas. Nunca un más gran novelista tuvo a su cargo como exegeta o evangelista la ocupación de glosar época más empequeñecida y anémica. Pequeñas ilusiones, baja y rastrera política, dramas de sacristía que huelen a cera y a brasero, orfelinatos donde una caridad alicorta educa a unos muchachos entecos, que saca a pasear vestidos de hombrecitos de uniforme como soldados o jefes de negociado en miniatura; prostíbulos que regenta una antigua hetaira, convertida por mor de los años en legítima de un picador de toros que se retiró sin posibles; salones llenos de damascos ajados con algunos recuerdos de Filipinas y de Cuba y unas palmeras sobre trípodes inverosímiles, donde todo el mundo tropieza por falta de sitio, y que los cronistas ponderan como palacios encantados, marcos del lujo más refinado y solar de nuestras más respetables familias.

En Burgos se percibía todavía esa ciudad de cortos alientos y pequeños vuelos, que ahora también ha desaparecido, y no para salir ga-

nando, sino para caer de la Escila de la mezquindad en la Caribdis del crecimiento acromegálico, del desarrollo congestivo, que ha sido el mal que nos ha arrebatado la fisonomía verdadera de nuestras viejas ciudades para sustituirla por una máscara grotesca de novedad que no es nueva, de extranjerismo sin calidad y de progreso falso, que esconde una especulación corrosiva. Burgos para mí representaba hasta iniciarse su destrucción un buen ejemplo para que el novelista la hubiera tomado como escenario donde desarrollar uno de esos infaustos episodios de la vida local, donde pugna el oscurantismo de una sociedad arcaica con los anhelos de algún espíritu generoso y moderno. Pero la verdad es que Galdós para nada se detiene en la descripción de esta ciudad, que apenas surge esporádicamente y como de refilón en su obra ingente. Sin embargo, por eso, por ese mismo anonimato, yo creo que Burgos encarnaba *in genere*, mejor que otras, esa ciudad arcaica y retrógrada, donde una tradición gloriosa se había anquilosado hasta convertirse en una caricatura de sí misma. Quién sabe si Galdós no tuvo presente a la *Caput Castellae* cuando imaginó la Orbajosa de *Doña Perfecta*...; pero de esto hablaremos un poco más adelante.

Galdós, entre otras cosas, gustaba mucho de las viejas ciudades históricas, cuyos hechizos y monumentos artísticos le llegaban muy hondo, haciendo que vibraran sus nunca dormidas fibras de artista plástico. Primero, Toledo, al que tantas páginas entusiásticas dedica, hasta llegar a convertir en elegíaco canto a esta ciudad una de sus mejores novelas. Angel Guerra es un díptico en el que quiere poner frente a frente el mundo moderno, frívolo y engañoso y aquel otro arcaico inmóvil que en «olor de santidad artística, religiosa y nobiliaria» vive o vegeta en una mezcla de indiferencia, resignación o atonía o cauto y superior escepticismo, en el que no se sabe si el caparazón, la imperial carroña, es algo muy superior a la vida que allí rastrea vacilante bajo el peso de tantas memorias ilustres, o si es un aliciente de superior elevación ante lo inferior mundano, escalera para subir a espiritual y sublime cima. Todos estos contrastes, ciertamente angustiosos, estaban en el alma de Angel Guerra (Galdós) y en la de todos los que sentimos el fragor de la Historia no como algo tan determinado como esas calles de sentido único ni como esos avances dialécticos e irreversibles en que se complacen los doctrinarios de la revolución. En las dos vidas de ese Angel Guerra está la verdadera dialéctica de la Historia, no la que se hace deshaciendo, sino la que se hace meditando..., y meditaba Angel Guerra, tejiendo sus ensañaciones como la lanzadera que va del futuro al pasado y del pasado al porvenir. En el principio de la vida humana están los alientos de futurición, símbolo y hasta síndrome de juventud; pero luego llega el momento

en que tantas cosas se ponen *sub júdice*, momento que por coincidir con etapas más maduras o resignadas se viste con un velo de melancolía que entienden muchos como si fueran los cendales de la decadencia o de la decrepitud, equivalentes al fracaso o a la impotencia, cuando tan fracasado puede ser un impertérrito infantilismo por falta de desarrollo o por miedo a una madurez que no vamos a saber llenar con sustancia propia y que combatimos ilusoriamente, extrapolando unos sentimientos cuya vigencia forzosa se convierte en artificio. Estas ciudades, depósito de un tiempo pasado que se hace llamar presente en aquellas personas que no temen encararse con su ayer vivificante y no muerto, porque no les angustia un premorir llevados de una egolátrica y fantasiosa venidad, están ahí conminatorias y aleccionantes no para simple recreo de turistas rubicundos, que escudriñan sin peligro las aparentes y pintorescas anomalías de una vida cancelada por el progreso, sino para fines más altos. Así meditaba Angel Guerra

acordándose de Madrid y de la política y de la sociedad, todo informado de un modernismo que lustrea como el charol reciente; y así llegaba a creer que vivimos en el más tonto de los engaños, sugestionados por mil supercherías y siendo los prestidigitadores de nosotros mismos.

Meditaba estas cosas tendido en la cama, desde la cual, por la ventana frontera, disfrutaba de una grandiosa y extensa vista: el ábside de la catedral descollando con gentil bizarría sobre el montón de tejados, los pináculos de la capilla de San Ildefonso, los almenados torreones de la de Santiago, detrás de la torre grande, majestuosa y esbelta en su robustez, con el capacete de las tres coronas y la cimbreante aguja, en la cual parece que se engancha, al pasar, el vellón de las nubes. En término más lejano la mole de San Marcos, los techos del Ayuntamiento, la presumida cúpula de San Juan Bautista, y aquí y allí, las espirituales torres del estilo mudéjar, cuanto más viejas más airosas y elegantes.

No sabemos si se trata de una elegía o de una canción epitalámica, pero he aquí el índice admonitorio de la ciudad haciendo meditar al hombre.

Estas ciudades históricas refrescaban al hombre Galdós de las estrecheces de la vida diaria, que el conocía mejor que nadie porque era su propósito, convertido en deber inexorable, el pintar y diseñar esa misma vida, que lustrea como el charol reciente, mientras las torres mudéjares cuanto más viejas, más airosas y elegantes. ¿No habéis sentido a veces que el paso del tiempo sobre las cosas las rejuvenece y que las cosas demasiado nuevas tienen a veces un indefinible aspecto de decrepitud, parecido al del niño recién salido del vientre de su ma-

dre, que, aparte de arrastrar consigo la suciedad de la placenta, sale a la vida con una cara arrugada, con un rictus amargo y con una cómica expresión de viejo iracundo?

Hoy las ciudades que pintara Galdós (las verdaderas ciudades galdosianas) y de las que tenía que salir para refrescarse en aquellos manantiales rejuvenecidos y purificados por la antigüedad, yo las encuentro, como si dijéramos, reverdecidas por el paso del tiempo y escenarios ya de dulce y grato acomodo para la meditación. Para Galdós estaban demasiado presentes, no ya para nosotros, y tenía que buscar las más viejas como un lenitivo que le otorgara la confianza en un destino superior, que necesitamos siempre que nos vemos demasiado zarandeados por la vida fluyente. Algo parecido a lo que nos pasa a nosotros cuando buscamos los ambientes galdosianos, rejuvenidos al paso de los años.

Con facilidad encontramos esas endechas galdosianas, que son como un desahogo inefable para su espíritu:

Córdoba, la ciudad de Abderramán, la Meca de Occidente, la que fue maestra del género humano, la vieja andaluza que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza. Todavía hermosa a pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin zahira, sin academia, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin Califa, sin sabios, pero orgullosa de su mezquita-catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética y no menos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores, donde guarda innumerables maravillas, y siempre asustada al paso del transeúnte; protectora de los enamorados, para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta a la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios... (*Bailén*).

¡Sevilla! ¡De qué manera tan grata hería mi imaginación este nombre! ¡Qué idealismo tan placentero despertaba en mí! No creo que nadie haya entrado en aquel pueblo con indiferencia y, desde luego, aseguro que el que entre en Sevilla como si entrara en Pinto es un bruto. ¡El Burlador, Don Pedro el Cruel, Murillo! Bastan estas tres figuras para poblar el inmenso recinto que es en todas sus partes teatro de la novela y el drama, lienzo y marco de la pintura. ¡Y hasta las pinturas sagradas son allí voluptuosas! (*Los Cien Mil Hijos de San Luis*).

O bien Salamanca:

—¡Qué hermosa ciudad!—dijo miss Fly con arrobamiento contemplativo—. Todo aquí respira la grandeza de una edad ilustre y gloriosa. ¡Cuán excelsos, cuán poderosos no fueron los sentimientos que han necesitado tanta, tantísima piedra para manifestarse! ¿Para vos no dicen nada esas altas torres, esas largas ojivas, esos techos, esos gigantes que alzan sus manos hacia el cielo, esas dos catedrales: la una anciana y de rodillas, arrugada, inválida, agazapada contra el suelo y el ánimo de su hija; la otra flamante y en pie, hermosa, inmensa, lozana, respirando vida en su ilustre mole? ¿Para vos no dicen nada esos cien colegios y conventos, obra de la ciencia y la piedad reunidas? ¿Y esos palacios de los grandes señores, esas paredes llenas de escudos y rejas, indicio de soberbia y precaución? ¡Dichosa edad aquella en que el alma ha encontrado siempre de qué alimentar su insaciable hambre! Para las almas religiosas, el Monasterio; para las heroicas, la guerra; para las apasionadas, el amor, más hermoso cuanto más contrariado; para todos la galantería, los grandes afectos, los sacrificios sublimes, las muertes gloriosas... La sociedad vive impulsada por una sola fuerza: la pasión... El cálculo no se ha inventado todavía. La pasión gobierna el mundo y en él pone su sello de fuego. El hombre lo atropella todo por la posesión del objeto amado, o muere luchando ante las puertas del hogar que se le cierran... Por una nación se encienden guerras y dos naciones se destrazan por un beso... La fuerza que aparentemente impera no es el empuje brutal de los modernos, sino el aliento poderoso, el resoplido de los pulmones de la sociedad que son el honor y el amor. (*La batalla de los Arapiles.*)

Yo había llegado a Burgos atraído por una carta de mi amiga Gloria, que, entre otras cosas, me decía: «Estoy muy desligada de mi familia, me aburro con ellos; no nos entendemos; yo tengo una forma distinta de ver las cosas, de hacerlas. Ellos no hablan más que de niños, de enfermedades, de viajes y balnearios, de visitas y pésames. Yo encuentro a la gente cada vez más aburrida; nunca intentan nada nuevo; siempre hacen lo mismo, en su trabajo como en su tiempo libre. Y se aburren y aburren a los demás, y yo me muero de asco y prefiero aburrirme sola que en comunidad; ¡qué horror! Luego la gente dice que estoy loca, y al principio les hace gracia «que sea diferente». Pero en el fondo me tienen una especie de miedo y me desprecian a la vez. Yo ya sé, pero me da igual. He pasado unos días muy pesimista y decaída. Todo influye: mi madre [ésta acababa de fallecer hacía poco tiempo], el teatro [habían fracasado unos proyectos suyos y de algunos estudiantes amigos para organizar unas veladas de teatro de ensayo en aquellos heroicos tiempos] y la burguesía burgalesa, y recalco bien burgalesa porque yo les tengo mucha simpatía a los castellanos; aunque algo secos y desconfiados, me pare-

cen buenas personas y bastante nobles; pero este querido Burgos, tan bello y tan... puñetero, tan lleno de tabús, prejuicios y tontería. Se diría que vivimos en el paraíso terrenal, a juzgar por los periódicos. Pero la verdad es que las gentes no tienen horizonte ni preocupaciones, y si algunos se las buscan (yo creo que de puro aburrimiento), dan vueltas a unas tonterías tan grandes que me ahogan.»

No sé por qué al pensar en Gloria me venía a la memoria el discursito de miss Fly y su «tirada» sobre la falta de pasión en nuestro bajo mundo. La sociedad burguesa, esa clase que «determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades», se queda muchas veces en esto último, sin inventar nada y sin que aparezcan en ella ni los grandes innovadores, ni los grandes libertinos, ni los ambiciosos de genio. Creo que este aspecto, que esta vertiente sórdida y pasiva de la burguesía, es lo que a criaturas como miss Fly y Gloria les traía por la calle de la amargura, sofocadas en medio de tanta estupidez bien pensante.

Ya se estaba haciendo un poco tarde, y aunque no tenía muchas ganas de cenar, había que ir pensando en ello. Atravesé los soportales sobre los que se alza el Ayuntamiento y recaí en la curiosa plaza Mayor de forma irregular y, como siempre, me detuve a contemplar la graciosa estatua rococó de Carlos III, que parece iniciar el giro de un minué. Volví una vez más a leer la inscripción: «A Carlos III, padre de la Patria, restaurador de las Artes, don Antonio Tomé, vecino y cónsul de Burgos, el primero entre sus compatriotas que ofrece a la posteridad esta memoria de su Augusto Bienhechor. Año de 1774.» Esta inscripción a un rey menospreciado por la ingratitud de sus compatriotas, me recuerda esas esquelas de personajes de cierta alcurnia de los que al final sólo se acuerda un sirviente fiel o un amigo devoto. Carlos III, olvidado por su familia oficial y legítima, tiene—menos mal—en este varón ejemplar, que supo llevar con dignidad el título de cónsul, un leal vindicador, que hasta se permitió la hermosa ceremonia de descubrir la estatua, haciendo que un águila artificial arrebatara el manto de púrpura que la cubría y se lo llevara, volando, entre sus garras.

Atravesando la plaza, me introduje por el portillo de la calle de San Lorenzo, que apenas se descubre y deja su salida recatada. El primer tramo de la calle, estrecha y pintoresca, está cerrado al tráfico rodado, y esto vitaliza este delicioso cauce urbano, donde unas pocas gentes se convierten en seguida en multitud apretada entre casas menudas que se desploman sobre la acera, unas ventrudas, otras enju-

tas y débiles, que parecen esconderse entre las primeras, la mayoría sirviendo de albergue, sus plantas bajas, a toda clase de tabernas, tupís, bodegones y cantinas, de donde entra y sale la gente mezclada y confundida, algunos vagamente borrachos, de mirada evasiva y con afanes extemporáneos de cordialidad, que corta en su misma raíz un sensato amigo vigilante, mientras nos mira con una expresión exculpatoria cortésmente aceptada. Calle amena y bulliciosa, que a pocos metros se convierte en callada y casi lúgubre ante los muros negruzcos del antiguo convento de la Compañía y su bella iglesia barroca, que da nombre a la calle. Estuve dudando, pero, al fin, no entré en el restaurante Castellano y seguí mi deambular, porque este comienzo de la noche, en contraste con lo caluroso del día, era fresco y acariciador, propicio para el paseo solitario en diálogo con las fachadas. Adiós hotel Norte y Londres; ¿por qué tampoco tú pareces haberte conmovido con la agitación de los días pasados, vecino y fronterero como estás de la Capitanía General, especie de Capitolio en los años fundacionales del nuevo régimen, que ha vuelto asimismo al silencio de un cuerpo de guardia aburrido, donde suena todo lo más alguna frívola canción radiofónica que se pierde en la plaza que ya linda con el campo? Doblé por la calle de Laín Calvo y luego, por el arco del Pilar, entré en la calle Huerto del Rey para saludar a la diosa Flora y sus delfines coronando la fuente y presidiendo un corro de árboles, creo que acacias, que empezaban a brotar tímidamente y cuyo frágil ramaje se perdía en el cielo. Entre Huerto del Rey y la calle de Laín Calvo, unas casas altas y burguesas, muy galdosianas, parecidas a las que rodean la plaza de Pontejos, de Madrid, se dejan atravesar por sus portales, que son como callejones encubiertos que facilitan una discreta comunicación. Por la calle de Avellanos bajé a la de San Juan que, dejando a mi izquierda según iba bajando, otra vez Laín Calvo, San Lorenzo, Almirante Bonifaz, Moneda, Santander, todas paralelas, me condujo hasta el final, donde se junta con la calle de la Puebla, ambas convergentes por venir a dar en puerta de muralla. Desde el portillo de San Juan se divisan la espadaña de San Lesmes y las ruinas del viejo hospital de Peregrinos, que ya dejó de serlo. Vuelvo sobre mis pasos sin trasponer el puentecillo de San Lesmes y por la calle de la Puebla deshago mi camino para llegar a la antigua plaza de la Libertad, hoy de Calvo Sotelo, donde pensé que no estaría de más quedarme a cenar. Tenía dos posibilidades: Ojeda o el Polvorilla. Me quedé en este último. La verdad es que la taberna y casa de comidas del Polvorilla era y es un sitio bastante extraño y que no gozaba de una alta reputación gastronómica, a pesar de que para algunos entendidos nada había comparable a los cangrejos de

río que allí se sazaban con una salsa especiada y grasienta que era delicia para el paladar y carga más que pesada para el estómago; no así el prestigio de casa Ojeda, que empezaba por entonces a trascender de las estrechas fronteras burgalesas. Ojeda estaba por entonces en el mejor momento de su existencia. Allí se daban cita para almorzar todos los labradores de la provincia que llegaban a Burgos, bien al mercado, bien a cerrar tratos, a despachar con la Administración o a visitar a alguna hija monja. Venían solos o en familia, según los casos y según la índole del menester que los movía. En los largos comedores de la planta baja se sentaban en mesas largas y corridas, la mayoría contra los arrimaderos de madera de las paredes fronteras, y mezclaban las viandas de la casa con las que ellos traían y eran toleradas, con lo que el aspecto de la sala era el de un vagón de tercera a la hora de sacar la merienda. Regentaban el establecimiento, que habían heredado de sus mayores, unos hermanos tétricos y huesudos, circunspectos pero amables, que vestían unos enormes mandiles negros, que, a pesar de su aventajada estatura, les llegaban casi hasta el suelo. La verdad es que podía también haberme quedado a cenar en el restaurante Castellano un menú convencional, con sopa de fideos, tortilla paisana y ternera asada en su jugo, amén de media botellita de rioja, con lo cual hubiera tenido el gusto y la satisfacción de sentirme servido por unos camareros también convencionales, de barba violácea por el mucho tiempo transcurrido desde el temprano afeitado, frac en dudoso estado de conservación y arruinada camisa, pero impecables en el manejo del tenedor y la cuchara con una mano y capaces de cortar en dos una tortilla blanda y babosa y de depositar uno de estos fragmentos en el plato sin dar ninguna importancia a su hazaña, que, no por repetida, dejaba de ser, para el profesional que se precie, motivo de legítimo orgullo. Tampoco quedaba lejos el hotel Avila, por llamarlo con el nombre que adopta, aunque no le vendrían mal el de fonda o casa de viajeros, que no llevan consigo ningún desdoro y acaso definirían mejor al establecimiento. Para mí gozaba tal lugar de una impresionante aureola. Allí vi por primera vez, siendo muy niño, a don Ramón del Valle-Inclán. Algo me dijo mi padre de quién era aquel señor que estaba al fondo del comedor y que tanto atraía mi atención. Entonces, vagamente, sin saber cómo, me di cuenta imperfecta de que existía un tipo de hombres al margen de lo normal o de lo vulgar, que vestían de manera *sui generis*, con traje de pana y «legis», como Benlluire; con chaleco de cuáquero, como Unamuno; con uniforme militar, como D'Annunzio, a los que gustaba, según inclinaciones diversas, la chalina, el chambergo, la capa o el monóculo. Hasta entonces no había reparado mucho en ello; pero

este temprano encuentro con Valle-Inclán me reveló muchas cosas. Estaba, como digo, al fondo del comedor, como en un pequeño escenario y gustoso de haber convertido en eso un modesto comedor provinciano. Llevaba el pelo rapado como un novicio, y en contraste, una filamentososa barba gris, que ocultaba la nítida pechera. Ceceaba y se dejaba oír ante un pequeño grupo de corifeos vestidos de oscuro, la mayoría con gafas y corbata de lazo y con el aspecto habitual de los mantenedores de juegos florales y de los laureados poetas de provincias. Debían ser periodistas y críticos, quizá algún joven y ambicioso abogado y algún profesor de instituto con las oposiciones recién ganadas. Los jóvenes rendían culto al maestro y reían con adulación mal reprimida sus salidas ingeniosas—que yo, desde luego, no podía oír—, sin que se alterara la suprema indiferencia, condescendiente, eso sí, de un hombre muy favorecido ya por los halagos del mundo literario. Uno de esos hombres que yo entonces aprendí que existían, cuya efigie sale a menudo en los periódicos y que tienen la muy envidiable facultad de hacer el silencio en torno a ellos digan lo que digan.

El Polvorilla, el Polvorilla en persona, vino a sacudir las migas del mantel usado por mis predecesores y a ponerme uno de menor superficie encima, que, con su blancura, tapaba las máculas del mantel básico. El menú—que ahora no recuerdo—se arregló en seguida, y mientras él escribía en un pequeño bloc, me figuro que con dificultad, dado su aspecto de analfabeto, yo miraba su faz colorada, llena de puntitos que iban del púrpura al violeta. Muchos inviernos burgaleses y bastante vino habían pasado sobre aquella cara de rústico con erisipela, y sus ojos pequeños y desconfiados revelaban por igual al astuto y al cretino, que todavía no se había quitado a lo largo de los años el pelo de la dehesa, el polvo de la parva y el olor al majuelo ni la voz estridente con finales arrastrados de los pastores o los mozos de cuadra criados en la aldea. Lo más estimulante de su persona era su apodo, que no sabemos si ganaría al entrar de zagal en la taberna, o si, por el contrario, trajo del pueblo heredado de padres a hijos. Al hijo del tío Polvorilla por «el Polvorilla» tenían que conocerlo. De hecho, tenía nombre de gracioso o escudero del teatro clásico español y trazas de hirsuto y malévolos campesino de poema machadiano, y por ambas puertas entraba en la vía real de la gran literatura.

Mientras cenaba pensaba en por qué se me había ocurrido a mí tomar a Burgos como modelo de ciudad galdosiana; pero la verdad es que mi paseo de hacía pocos minutos me había ratificado en mi idea. Volví a pensar si la Orbajosa de *Doña Perfecta*, apiñado y viejo caserío asentado en una loma con las viejas y negras torres de un

despedazado castillo en lo más alto, una hermosa catedral, una hidalga calle del Condestable y algunas huertas junto al río, única frondosidad que alegraba la vista, sería un Burgos en pequeño, pues no pasaba de 7.324 habitantes, aunque contaba con sede episcopal, Juzgado, seminario, depósito de caballos sementales, instituto de segunda enseñanza y otras prerrogativas oficiales. Pero tengamos en cuenta que, según el censo de 1821, cuenta Burgos con 11.628 habitantes, que en 1847 suben a 15.625, y en 1857, a 26.086 (datos tomados del libro de Nazario González, S. J., *Burgos. La ciudad marginal de Castilla*), y que, por lo tanto, no era mucho mayor que la hipotética Orbajosa cuando se relata la triste historia de Pepe Rey.

Como ciudad episcopal pudo acaso inspirarse Galdós en otra muy típica y de proporciones más acordes con Orbajosa. Me refiero a Sigüenza, a la que José García Fajardo saluda emocionado con estas palabras:

Al amanecer de hoy, bajando de Barbatona, vi a la gran Sigüenza, que me abría sus brazos para recibirme. ¡Oh, alegría del ambiente patrio; oh, encanto de las cosas inherentes a nuestra cuna! Vi la Catedral de almenadas torres; vi San Bartolomé, y el apiñado caserío formando un rimero chato de tejas, en cuya cima se alza el Alcázar; vi los negrillos que empezaban a desnudarse, y los chopos escuetos con todo el follaje amarillo; vi en torno el paño pardo de las tierras onduladas como capas puestas al sol; vi, por fin, a mi padre que a recibirme salía... (*Las tormentas del 48*).

Pagué mi cuenta—unas treinta y cinco pesetas con todo—y volví de nuevo a la calle. La plaza de la Libertad estaba tan abandonada como la propia idea que le dio su antiguo y venerable nombre; ni un alma se veía en todo su empedrado; de cuando en cuando, un gato cruzaba en veloz carrera o se paraba para olfatear en las basuras o desperdicios que había dejado el mercado matutino. Esta vez dejé la ciudad decimonónica, de casas respetables y burguesas, que lucían en la noche sus blancos miradores como un caballero su nítida pechera planchada, y me fui cuesta arriba hacia la ciudad vieja. En la calle de Fernán González, que bordea la catedral por su costado Norte, hermosos edificios de ladrillo con portadas de piedra exhibían su gloriosa vetustez, muy venida a menos. Algunos portales seguían abiertos, pues no cerraban una casa única, sino un mundo colectivo, en el que cada familia tenía su propia guarida. En el inmenso zaguán de la casa de los Cubos se apiñaban trastos de unos y otros, carromatos y embalajes sin orden ni concierto, a la luz de una bombilla solitaria con filamento de carbón, protegida por una alambreira y cubierta de telarañas, como las de las antiguas bodegas, y que, sin duda por

descuido, había quedado encendida. Nada de esta depauperación me tomaba desprevenido, pues es el espectáculo habitual de nuestras viejas ciudades, sobre todo de sus barrios altos, abandonados por las clases pudientes en busca de ensanches más cómodos y llanos. El caso de Cuenca, de Granada, de Jaén, de Lérida, de Vitoria, de tantas y tantas ciudades y villas menores, como Antequera o Tarazona, por decir dos bien lejanas. Abandono y melancolía de los barrios altos españoles, acrópolis de miseria y hasta hace poco de mendicidad, truhanería y otras lacras sociales. Vuelvo dejando a mi izquierda San Nicolás y asciendo hasta el barrio de San Esteban en medio de la noche, que esconde mucho de su decrepitud, de sus ruinas, de sus barrancas y desmontes polvorientos, por donde corren regueros de agua sucia y donde inverosímilmente siguen en pie unos pocos negrillos de ramas puntisecas y algunas acacias desmedradas, con los troncos descortezados, enseñando de manera infamante su tierna albura, maltratada a navajazos. Todavía en barrios como éste y como el de los Irlandeses y el Colegio de Cuenca, de Salamanca, podemos ver las heridas no restañadas de las guerras napoleónicas. Son barrios mártires, que yacen muertos e insepultos, a los que se ha dejado como carroñas para que se calcinen al sol, cuando ni las aves rapaces pueden ya cumplir su atroz cometido, cuando sólo el hombre demuestra que es capaz de vivir de su propio despojo.

Viendo tan doloridas estampas, tanta falta de honor donde vivió el esfuerzo y la fama, tanta falta de decoro donde hubo lustre y belleza, tanta ingratitud y desconsuelo, no puedo por menos de decir con el salmista:

*Nuestra alma está saciada
del sarcasmo de los satisfechos;
nuestra alma está saciada
del desprecio de los orgullosos.*

FERNANDO CHUECA GOITIA
Alfonso XII, 10
MADRID